

THORP, Rosemary. *Progreso, pobreza y exclusión. Una historia económica de América Latina en el siglo XX*. Washington D.C.: Banco Interamericano de Desarrollo y Unión Europea, 1998, 189 pp.

Para esta revisión, además de hacer un brevísimo recorrido de la obra, vamos a recoger algunos elementos que inciden especialmente en la respuesta a la pregunta: ¿es posible hacer una historia de América Latina? La propia autora concluye que no, pues considera haber constatado "la imposibilidad de escribir un libro sobre lo que es 'América Latina'" (9). Nuestra impresión es que en el mismo trabajo hay elementos para responder menos tajantemente.

Como es un libro novedoso, es un libro en tensión y la transmite. Es probable que esta característica, que hace necesaria una lectura continua para obtener la imagen de conjunto, surja de que expresa ambiciones en buena medida contrapuestas: el detalle y la particularidad nacional o de cada periodo, por un lado, y la interpretación general de todos los países y todo el periodo, por otro. Lo institucional y lo geográfico propio de cada país y momento, y la común y homogeneizadora dependencia externa. El armado de razonamientos multidisciplinarios en los que interactúan factores geográficos, históricos, tecnológicos e institucionales con los económicos incrustados en el medio, mezclados con razonamientos estrictamente económicos aislables de lo anterior y que parecen suficientes para explicar periodos específicos o aspectos sectoriales de los países. Finalmente, ofrece elementos claves en la explicación de la ruta latinoamericana que sugieren determinismo, como los geográficos y los provenientes del tipo de producto de exportación característico del país, pero un planteamiento que es, a la vez, voluntarista. Para la autora no hay factores determinantes; "los individuos pueden influir en gran medida, para bien o para mal, intencionadamente o no" (259). Sin embargo, ninguna de las voluntades destacadas se ha mostrado capaz de llevar a sus países a una ruptura con la pauta general del siglo

XX. En el libro nos parece percibir que esa voluntad puede obtener logros dentro de cauces bastante precisos; pero el libro pone en alto relieve, y con gusto y admiración, personas y decisiones concretas que han sido claves en los diversos países. Aunque hay muchos factores objetivos o fuera de control muy importantes, el futuro es presentado como abierto y dependiente del liderazgo nacional o regional. En realidad, el libro es un llamado a asumir el liderazgo en los países.

Quizá el aspecto del libro que más nos induce a pensar que sí es posible mirar al siglo XX latinoamericano de manera unitaria es su marco conceptual. El libro está construido con un marco interpretativo que sirve, en buena medida, para todos los países y para todo el siglo. Como es natural, la existencia de un marco interpretativo básico empuja a la selección de aspectos a destacar en los análisis y reduce el grado de detalle en el que se entra. A la vez, el respeto por las historias particulares de los países, que la autora cumple con insistencia, obliga a una interpretación general flexible. Los factores explicativos claves provienen de diversas disciplinas pero convergen, enriquecidas, en dos vertientes ya conocidas en trabajos previos de la profesora Thorp. Por un lado, los factores internos que la autora considera más influyentes en el curso que toman los diversos países parecen ser: a) las características de los productos de exportación de cada país, b) la historia institucional previa y c) el tamaño y las características de su geografía. El o los productos propios de cada país influyen en el proceso económico e institucional a través de su mayor o menor vulnerabilidad externa, de la intensidad de capital que se requiere para explotarlos y de la facilidad o no de crear enlaces productivos, por medio de la compra de insumos o transformaciones de la materia prima, en la economía nacional.

La relación entre tipo de tecnología y sociedad es bastante directa, pues el tipo de tecnología de extracción o cultivo que corresponde a cada producto tiene diversas intensidades de uso de capital y de mano de obra y ello, junto a las condiciones institucionales previas, influye en la distribución del ingreso, en la presencia de capital extranjero, en el tipo de conflictos sociales y hasta en la propensión de los países a militarizarse

(99, 296, 297). En concreto, el café, por ejemplo, es un producto cuyo cultivo favorece una distribución más equitativa del ingreso mientras que la minería no. Además, el tipo de producto influye en la mayor o menor exigencia de capitales foráneos para su explotación y en la mayor o menor posibilidad de transformarlo en cada país por capitales nacionales. La magnitud de la inversión necesaria en el caso, nuevamente del café, es mucho menor y la técnica necesaria más sencilla que en el de las refinerías. La geografía influye porque establece los tamaños de las diversas economías regionales de cada país.

Por el otro lado, están los factores económicos y políticos internacionales. Esta influencia externa se expresa varias veces a lo largo del siglo en la forma de olas de crédito (98), interferencias políticas (99) y modelos de reforma institucional (99). Frente a estos factores, lo que resulta importante en la obra es la capacidad de reacción de los países y esta ocurre, en buena medida, de acuerdo con la diversificación económica adquirida, por ejemplo, por medio de la transformación de los recursos naturales exportables (97, 132). Sin embargo, a lo largo de todo el libro la autora recuerda, y explica, las no pocas excepciones respecto de este marco interpretativo básico. Por ejemplo, en la crisis del 29, Cuba tenía buenas condiciones para reaccionar con un salto adelante pero "las consecuencias del enraizamiento del azúcar en instituciones y estructuras fueron tan profundas que la economía permaneció atada a ese producto". Por el contrario, la producción de café favorece la capacidad de reacción (133).

El siglo XX es recorrido de diversas maneras, que se expresan en la organización del libro. El primer capítulo es desglosable, y valioso en sí mismo, y el último es un balance de conjunto. El núcleo histórico está en los capítulos 3 al 7, que corresponden con la propuesta de división del periodo en cinco partes: antes de 1914, cuando se forma la estructura económica sectorial con su orientación al exterior, y entre ese año y 1945, cuando América Latina enfrenta episodios internacionales que incluyen una recesión entre dos guerras mundiales y en el que se moderniza la institucionalidad pública que regirá hasta el presente. Entre 1945 y 1973 es la gran expansión del

siglo, basada principalmente en la industrialización y el desarrollo del mercado interno. Es el periodo de la diversificación productiva y de la urbanización. Después de esa fecha viene la prolongación del crecimiento por medio de la deuda externa, y luego, la larga crisis que sigue hasta la actualidad. La periodificación, ni es nueva ni resulta forzada, y las peculiaridades de cada país no la cuestionan. Se comprueba así la importancia de las circunstancias internacionales. Sin embargo, y a manera de ejemplo sobre la tensión arriba mencionada, frente al supuesto de que en la década reciente toda América Latina está embarcada en el programa neoliberal, la autora insiste en la diversidad de experiencias y en el carácter abierto de los procesos nacionales. La búsqueda y detección de dicha diversidad es la condición para llamar a la acción original desde los países.

El libro refuerza, con nuevos materiales, la peculiar constatación de que durante el siglo visto como conjunto ningún país de América Latina haya despuntado claramente en su crecimiento económico. ¿Por qué prácticamente todos los principales países en el continente mantuvieron su retraso respecto de los países ricos? Precisamente, una de las conclusiones del libro es que ningún país tuvo la capacidad de reaccionar a las coyunturas internacionales adversas de manera suficientemente autónoma, creativa y, por lo tanto, diferenciada. El que nos hagamos esta pregunta común desde los países de la región constituye, lamentablemente quizá, un elemento unificador de América Latina que parece permitir una visión de conjunto.

Otra gran conclusión, y gran rasgo en común de las experiencias latinoamericanas, es que ni el crecimiento logrado ni las crisis económicas parecen haber sido factores importantes en el logro de un cambio social que erradicara las viejas estructuras de poder. La economía, especialmente la industrialización, han alterado la composición social de América Latina, pero este cambio no ha incluido una confrontación abierta y polarizada con la elite tradicional. Por eso, una característica común de América Latina es la convivencia de sociedades que supuestamente se debían reemplazar. La diversidad de experiencias nacionales al respecto, que el libro destaca mucho, no altera ese hecho capital.

Esa convivencia corresponde con algo que ya hemos tratado antes. En efecto, un rasgo unificador del libro es que, en opinión de la autora, las relaciones fundamentales entre sociedad, tecnología y naturaleza se establecen a comienzo de siglo y siguen básicamente vigentes hasta el final. El proceso industrial y, luego, el financiero, no son suficientemente fuertes como para obligar a un cambio en el esquema interpretativo básico. Esto, obviamente, puede debilitar el análisis detallado de las últimas dos décadas, pero no es claro en qué medida lo hace debido a que la dependencia de la exportación de materias primas todavía relativamente poco elaboradas sigue vigente y a que, al igual que las bolsas de valores, estamos en medio de una burbuja financiera de cuya solidez no hay evidencia. La visión de América Latina es también unitaria en el sentido de que no tiene que cambiar significativamente a lo largo del siglo. Es, pues, como indicamos antes, de una pieza.

La relativa unidad en los movimientos cíclicos de las economías nacionales, la ausencia de casos nacionales de crecimiento destacado en convergencia con los países ricos, la incapacidad general de cambiar la sociedad desde la economía, la común y persistente dependencia económica e institucional de los recursos naturales y otros aspectos revelan pautas bastante comunes en las experiencias particulares de cada país. Quizá el siglo XXI sea el de la diferenciación económica y social intra-latinoamericana.

Javier M. Iguíñiz Echeverría  
*Pontificia Universidad Católica del Perú*